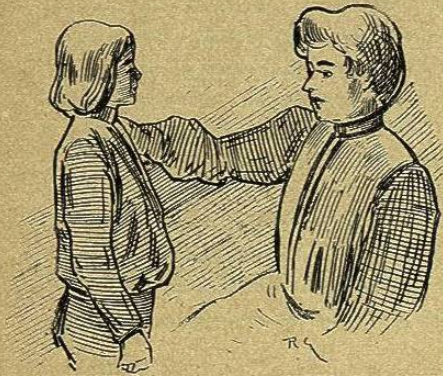


Cuando mamá sonreía, aunque era tan hermoso su rostro, parecía aun más hermoso, y hubiérase dicho que resplandecía la alegría entorno suyo. Si siempre pudiese yo entrever esta divina sonrisa en los momentos difíciles de la existencia, estoy cierto de que no sabría jamás lo que es dolor. Paréceme que en la sonrisa únicamente está lo que llaman la hermosura del rostro. Si la sonrisa embellece, es que el rostro es hermoso; si no lo cambia, es que el



rostro es vulgar ú ordinario; y si lo hace grotesco se puede afirmar que el rostro es feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza con las dos manos, la echó un poco hacia atrás, miróme con mucha atención y me dijo:

—Tú has llorado hoy!

Yo no contesté; me besó en los ojos y me preguntó en alemán:

—Por qué has llorado?

Siempre que hablaba cariñosamente con nosotros, hacía mamá uso de esa lengua, que sabía á la perfección.

—He llorado en sueños, mamá,—dije entonces al recordar en todos sus menores detalles el sueño por mí inventado, y sin saber por qué ni cómo temblé á su solo recuerdo.

Karl Ivanovitch confirmó mis palabras, pero guardó silencio acerca del asunto del sueño. Después de una corta conversación sobre el sueño, en la cual Mimi tomó también parte, mamá puso sobre el plato seis trozos de azúcar destinados á los principales domésticos, se levantó y se dirigió á su costurero, colocado al pie de la ventana.

—Vaya! ahora, hijos míos, id á ver á papá, y decidle que venga sin falta á verme, antes que salga al campo.

El piano, el horrible compás y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo, y nosotros nos dirigimos al cuarto de papá, entrando en su gabinete, después de atravesar la pieza que, desde los tiempos de nuestro abuelo, conservaba el nombre de *office* ó cocina.

III

Mi padre

HALLÁBASE de pie, junto á su mesa escritorio, y, mientras iba señalando algunos sobres y pequeñas pilas de dinero, hablaba con mucha animación y mucho calor con nuestro intendente ó mayordomo Iakov Mikailov, quien de pie igualmente en su sitio habitual—entre la puerta y el barómetro—con las manos atrás, no paraba de agitar los dedos en todos sentidos con una rapidez vertiginosa.

A medida que papá se animaba, los dedos del mayordomo agitábanse más aprisa, y al contrario, apenas papá se callaba, quedábanse quietos los dedos; pero cuando era el propio Iakov quien hablaba, entonces sus dedos comenzaban una serie de movimientos desordenados, con cambios súbitos de dirección en todos los sentidos. Según los movimientos de sus dedos, paréceme que se podían adivinar los más secretos pensamientos de Iakov. En cuanto á su rostro, era absolutamente impassible, expresando constantemente la conciencia de su dignidad tanto como una sumisión tan singular que parecía decir: Yo sé que tengo la razón, pero acataré vuestras órdenes.

Al vernos entrar, papá se limitó á decir:

—Aguardad un momento...

—Dios mío, pero qué tienes hoy, Iakov?—continuó dirigiendo-

se al intendente y levantando y bajando los hombros, lo que le era muy habitual.—Este sobre con 800 rublos...

Iakov se acercó al contador, marcó 800 y se quedó mirando al techo, como aguardando lo que iba á decir mi padre.

...para los gastos de la explotación durante mi ausencia. Comprendes? Recibirás 1,000 rublos del molino... sí ó no? Después recibirás también del Tesoro 8,000 por las hipotecas; en cuanto al heno, según tu propio cálculo, pueden venderse 7,000 pouds— á cuarenta y cinco kopeks el poud según mi cuenta—lo que te dará otros 3,000 rublos; de modo que tendrás en total: 12,000 rublos... sí ó no?

—Sí, ciertamente,—respondió Iakov.

Pero al ver la rapidez con que giraban sus dedos comprendí que iba á hacer alguna objeción á las tales cuentas; mas papá no le dió tiempo para ello.

—De todo este dinero enviarás 10,000 rublos al Consejo de Tutela, para la hacienda de Petrovskoie. Tráeme ahora el dinero que hay en el escritorio, que pondrás á la fecha de hoy en el capítulo «gastos». Y este sobre, junto con el dinero, lo enviarás donde dicen las señas.

Mientras papá fué diciendo todo esto muy rápidamente, Iakov quitó del contador los 800, luego los 12,000, y puso en su lugar 21,000, que después borró también, tumbando de paso el contador, como para demostrar que de un modo igualmente fácil desaparecerían esos 21,000 rublos.

Estaba yo cerca de la mesa y miré disimuladamente el sobre, en el cual leí: «A Karl Ivanovitch Mayer».

Papá, al notar sin duda que leía lo que no me interesaba, me puso una mano sobre el hombro y por medio de una ligerísima presión me obligó á mirar hacia el lado opuesto á la mesa. No supe comprender entonces si esto era una caricia ó una corrección, y por lo que pudiese suceder apresuréme á besar la mano, surcada por grandes venas, que se apoyaba en mi hombro.

—Está bien—dijo Iakov. Y con respecto al dinero de Khabarovka, cuáles son vuestras órdenes?

Khabarovka era la propiedad de nuestra madre.

—Déjalo en mi escritorio, y no lo toques para nada sin orden mía.

Iakov se calló algunos segundos; de pronto sus dedos empezaron á moverse con mayor rapidez que nunca, y dejando la expresión de sumisión ingenua con que escuchaba siempre las órdenes del amo, tomó de pronto una maliciosa expresión, que era la suya

propia, y poniendo otra vez de pie el contador empezó á hablar.

—Permitid que os diga, Piotr Alexandrovitch... Cómo bien os plazca, pero en el Consejo no podremos pagar á tiempo. Habréis querido decir,—continuó pausadamente—que hemos de recibir dinero de las hipotecas, del molino y del heno,—y mientras decía esto iba señalando las cifras en el contador.—Pero... yo temo que nos hayamos equivocado en nuestros cálculos...—Y al callar se quedó mirándose á papá con aire meditando.

—Porqué?

—Permitid... En cuanto al molino, dos veces han venido ya para pedirnos nuevo plazo. El molinero jura por Dios que no tiene dinero... ahora está ahí, precisamente; queréis hablarle?

—Qué dice, entonces?...—preguntó papá, indicando con la cabeza que no tenía ganas de hablar con el molinero.

—Pues, es bien notorio! Dice que no ha tenido qué moler y que todo su dinero se lo ha gastado en la esclusa. Y si lo arrojamus fuera, mi amo, creéis que nos saldrá la cuenta?—En cuanto á las hipotecas, de que hablabais ahora, pareceme que os he ya expuesto muchas veces que nuestro dinero lo tenemos todo enterrado allí, y que dentro de poco nada se nos deberá ya. No há mucho envié á la ciudad, para el señor Ivan Afanasitch, una buena carga de harina y una cartita sobre este asunto: á todo ello me contestó de nuevo que de muy buena gana haría algo en favor de Piotr Alexandrovitch, pero que la cuestión no está ya en su mano, y que, según se desprende de infinidad de indicios, antes de dos meses quedará la cosa lista.—En cuanto al heno, vos mismo lo habéis dicho, es probable que llegue á dar hasta 3,000 rublos...

Marcó esta cifra en el contador, y se calló un momento, mirando ora al pequeño aparato, ora al rostro de papá, con una expresión que parecía decir: «Ya veis cuán poca cosa es! Y con el heno perderemos dinero, si lo vendemos ahora, lo sabéis perfectamente!...»

Era evidente que le quedaban todavía al mayordomo una multitud de argumentos en reserva, y por esto sin duda papá se volvió á sus ideas interrumpiéndole.



—No cambiaré una sola de mis órdenes—dijo;—no obstante, si no viene el dinero tan deprisa como yo deseo, no hay que alterar nada por eso; tomarás el que necesites de los rendimientos de Khabarovka.

—Está bien.

En el rostro y en el juego de dedos de Iakov se adivinaba que esa última orden le causaba un vivísimo placer.

Iakov era siervo, y era un hombre celoso de su obligación y absolutamente fiel; como todos los buenos intendentes, era avaro hasta el extremo por su amo, y profesaba sobre los intereses de éste las más extravagantes ideas; no pensaba puede decirse en otra cosa sino en enriquecer al Señor empobreciendo á la Señora, y era su mayor delicia poder demostrar la necesidad de emplear todas las rentas de las propiedades de la esposa en mejorar la propiedad del marido, ó sea Petrovskoie, que así era llamada la hacienda que habitábamos.

En aquel momento sintióse Iakov satisfecho, al ver que había triunfado en lo que era su más caro ideal.

Luego de habernos dado los buenos días, papá nos dijo que demasiado tiempo hacía ya que llevábamos en el campo una vida de perezosos, que ya no éramos tan pequeños, y que había ya llegado el tiempo de empezar á trabajar seriamente.

—Creo que sabéis ya que esta misma noche parto para Moscova, y que vosotros venís conmigo—prosiguió.—Estaréis en casa de vuestra abuela, y mamá se quedará aquí con las niñas. No olvidéis jamás que su único consuelo estará en saber que trabajáis, que os portáis bien y que todo el mundo está contento de vosotros.

Aunque ya nos temíamos algo extraordinario, en vista de los grandes preparativos que hacía días veíamos hacer en casa, la noticia, sin embargo, nos sorprendió muchísimo. Volodía se puso todo encarnado, y con trémula voz expresó á papá el deseo de nuestra madre.—«Vaya, he aquí lo que mi sueño de hoy me anunciaba! yo pensé. Quiera Dios que no sea cosa peor todavía!»

Sentí una gran tristeza por mamá, pues íbamos á dejarla, y al mismo tiempo la idea de que comenzábamos á ser hombres realmente, de que se contaba con nosotros, me alegró infinito.

«Si es que partimos esta noche, hoy seguramente no tendremos clase, pensé. Qué alegría!... Y no obstante, lo siento por Karl Ivanovitch, pues seguramente le despedirán... De otro modo, no hubiera sobre la mesa aquella carta para él... Preferiría estar dando lecciones toda la vida, no marcharme de aquí, no dejar á

mamá y no dar este nuevo disgusto á ese pobre de Karl Ivanovitch. Ha sido ya tan desgraciado!...»

Todos esos pensamientos pasaban en tropel por mi cerebro; pero yo no me movía del sitio, mirando fijamente las lazadas negras de mis zapatos.

Papá cambió con Karl Ivanovitch algunas palabras sin interés, sobre el tiempo, sobre lo que había bajado el barómetro, y enseguida, volviéndose á Iakov, le recomendó que no diese comida á los perros, pues, por última vez quería salir, después de comer, con los perros más jóvenes y corredores; y, contra lo que yo había creído, nos dijo que podíamos ir á trabajar, aunque nos consoló la promesa de que por la tarde saldríamos con él de caza.

Al llegar arriba, salí á la terraza. Milka, el lebrél favorito de mi padre, se hallaba tendido al sol, delante de la puerta, con los ojos medio cerrados.

—Milotchka—le dije acariciándole y besándole en el mismo hocico.—hoy partimos... Adiós! ya no nos veremos más...

Enternecíme y abundantes lágrimas brotaron de mis ojos.





IV

La clase

KARL Ivanovitch estaba de muy mal humor, se adivinaba en el fruncimiento de sus cejas, en la manera cómo echó el vestido azul que acababa de quitarse sobre la cómoda, en el furioso ademán con que se ató el cinturón de la gran bata, y sobre todo en la larga y profunda señal que hizo con la uña en el libro de los diálogos para indicarnos hasta donde habíamos de aprenderlos de memoria. Sin ver ni comprender nada, un buen rato me estuve con el libro de los diálogos delante, pues las lágrimas que llenaban mis ojos, á la idea de que íbamos á separarnos, me impedían leer. Cuando vino el momento de recitar mi lección á Karl Ivanovitch, quien para oirme mejor medio cerró los ojos—lo cual era muy mal signo,—al llegar al sitio que dice, en alemán, por supuesto: *De dónde venís?* y contesta el otro: *Vengo del café*, no pude aguantar más, y las lágrimas me privaron de continuar diciendo: *Habéis leído el diario?*... Cuando vino la lección de escritura, fueron cayendo mis lágrimas sobre el papel con tal abundancia, que no pareció sino que escribía sobre papel mojado.

Karl Ivanovitch se enfadó, y me hizo poner de rodillas—pretendiendo que todo mi sentimiento no era mas que una pura comedia de *marioneta*, según su expresión favorita,—me amenazó con la regla y finalmente exigió que le pidiese perdón, cuando yo no podía pronunciar una sola palabra, por culpa de las lágrimas. Por

último, quizás dándose cuenta de que estaba cometiendo una injusticia, se marchó al cuarto de Nikolai y tiró tras sí la puerta con brusco movimiento.

Desde la clase, pudimos oír la conversación que se entabló entre los dos viejos.

—Sabes tú, Nikolai, que los niños se van á Moscova?—Dijo Karl Ivanovitch al entrar en el cuarto del diatka.

—Sí, lo sé ya.

Nikolai quiso probablemente levantarse, pues oí que el preceptor le decía que no se moviese de sentado. Entonces abandoné el rincón donde hacía penitencia y me acerqué á la puerta á escuchar.

—Podéis hacer á la gente los mayores servicios,—decía Karl Ivanovitch con verdadera emoción—podéis tener con los hombres la mayor fidelidad que sea posible; pero no esperéis nunca el más pequeño agradecimiento!

Nikolai, que estaba sentado cerca de la ventana cosiéndose una bota, hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Doce años há que estoy en esta casa—continuó Karl Ivanovitch levantando los ojos y la

tabaquera al propio tiempo hacia el techo,—y ante Dios, Nikolai, puedo decir que les amo y que por ellos me he sacrificado lo mismo que si hubiesen sido hijos míos. Tú te acuerdas bien, Nikolai, cuando Volodenka (1) tuvo la tifoidea, tú te acuerdas, nueve días y nueve noches pasé en la cabecera de su cama, sin cerrar un momento los ojos... Oh! sí, en aquellos tiempos yo era el bueno de Karl Ivanovitch, el muy querido Karl Ivanovitch... Tenían entonces necesidad de mí; hoy,—añadió el pobre sonriendo irónicamente—*los niños son ya grandes, son hombres, y es tiempo de empezar á trabajar seriamente*. Cómo si no pudiesen aprenderlo todo aquí mismo, Nikolai!



(1) Diminutivo de Volodia.

—En efecto, dónde aprenderían mejor?—dijo Nikolai, disponiéndose á tirar del sedal con todas sus fuerzas.

—Hoy, que ya no me necesitan, me echan á la calle... Dónde están sus promesas? Dónde su reconocimiento? Yo respeto y quiero bien á Natalia Nikolaievna—prosiguió poniéndose una mano sobre el corazón.—Pero, Nikolai, ella no es aquí nada... En esta casa, su voluntad vale igual que eso...—y al hablar, con expresivo gesto echó al suelo los recortes del cuero que había dejado á un lado el diatka.—Ya sé yo quien me ha hecho esta mala treta, y por qué se me echa ahora por inútil: es porque yo no adulo á nadie ni digo á todo «amen», como *ciertas personas* que me sé. Es mi costumbre decir siempre y ante quien quiera que sea la verdad, toda la verdad,—decía con orgullo.—Que Dios se lo perdone! Porque yo no esté aquí, no tendrán ellos más, y en cuanto á mí, gracias á Dios no ha de faltarme el modo de ganarme un pedazo de pan... No es eso, Nikolai?

Nicolai levantó la cabeza y se quedó un momento mirando á Karl Ivanovitch, cómo para asegurarse de que podía, en efecto, hallar donde quiera ese pedazo de pan; pero nada contestó.

Karl Ivanovitch estuvo largo tiempo hablando en ese mismo tono; y contó al viejo diatka cómo habían apreciado mejor sus servicios en casa de un general donde estuvo antes de venir á casa, lo cual me causó una hondísima pena. Habló después de Sajonia, de sus padres, de su gran amigo el sastre Schonheit...

Senti yo inmensamente su pena, y deploré mucho que papá y Karl Ivanovitch, á quienes quería casi tanto al uno como al otro, no se hubiesen comprendido mejor... Volví á mi rincón, sentéme sobre los talones y me puse á pensar en los medios de que pudiera valerme para restablecer la concordia entre los dos.

Al entrar de nuevo en la clase, Karl Ivanovitch me hizo levantar y me ordenó que preparara el cuaderno del dictado. Cuando estuvo todo á punto, se instaló majestuosamente en su sillón, y con voz que parecía salir de un abismo empezó á dictarme, en alemán, lo que sigue: DE TODOS LOS DEFECTOS ES EL MAYOR...

—Habéis escrito ya?—dijo interrumpiéndose á sí mismo; después aspiró una larga toma de rapé y prosiguió con nuevas fuerzas: ES EL MAYOR Y EL MÁS INHUMANO ENTRE TODOS EL DE LA INGRATITUD...

—Poned una mayúscula muy grande.

Terminada la escritura, yo me quedé mirándole, cómo aguardando la continuación.

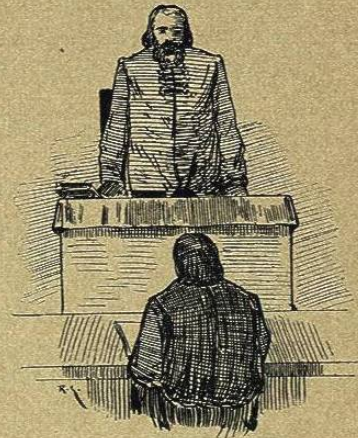
—Punto final,—dijo entonces con una sonrisa apenas perceptible é indicándonos que le llevásemos los cuadernos.

Con variadas entonaciones y con una expresión de vivísimo placer leyó varias veces en voz alta esta máxima, que tan perfectamente interpretaba su íntimo pensamiento; después nos señaló para que la estudiásemos una lección de historia, y se sentó junto á una de las ventanas. Su rostro ya no estaba como antes terriblemente entenebrecido, sino que expresaba la satisfacción de un hombre que se ha vengado dignamente de una ofensa recibida.

Era ya la una menos cuarto y Karl Ivanovitch no pensaba todavía en cerrar la clase, dándonos una después de otra nuevas lecciones siempre, y en nosotros el cansancio y el apetito iban creciendo en iguales proporciones. Yo ponía toda mi

impaciente atención en los diversos ruidos de la casa que anunciaban la proximidad de la comida... Sin ver nada, tan sólo por los pequeños rumores que llegaban hasta mí, adivinaba que la cocinera estaba ya pasando por los platos la limpia servilleta... Allá van Mimi con mi hermana y Katenka,—Katenka, la hija de Mimi, tiene doce años—que vuelven ya de su paseo por el jardín... Pero no viene Foka todavía,—Foka es el jefe de cocina encargado de anunciar que la comida está servida, de manera que en cuanto aparezca sí que, sin hacer caso de Karl Ivanovitch, podremos tirar los libros y correr al comedor. Ahora parece que se oyen pasos en la escalera...

Pero no es Foka; yo tenía perfectamente estudiado el modo de subir de Foka, nunca me engañaba el ruido especial de sus botas. Abrióse la puerta, y una extraña figura completamente desconocida para mí apareció en el umbral.





V

El inocente

ENTRÓ en la sala un hombre de una cincuentena de años, de rostro pálido, alargado, picado de viruelas, con largos cabellos grises y una barba escasa y casi roja. Era de tan elevada estatura que no solamente hubo de agachar la cabeza para pasar por la puerta, sino que aun le fué preciso doblar el cuerpo, el cual llevaba cubierto con algo que no se sabía bien lo que era, entre cafán y sotana, pero roto por mil partes diferentes; en la mano llevaba un enorme bastón. Al entrar en la clase, dió con el bastón en el suelo con todas sus fuerzas, frunció espantablemente las cejas, abrió la desmesurada boca y rompió en una horrorosa carcajada, una carcajada que no tenía nada de humano. Era bizco, y la blancuzca pupila de su ojo malo moviáse en su órbita sin cesar, dando á su rostro, ya bastantemente feo sin eso, una expresión todavía más repugnante.

—Ah! ya estás cogido,—gritó acercándose á Volodia paso á paso, cogiéndole por la cabeza y comenzando á examinarle el cráneo con extrema atención; luego con gesto ridículamente serio se apartó de él, arrojó una bocanada de aliento sobre el encerado y empezó á trazar en él grandes cruces.

—Oh! oh! qué dolor... oh! oh! muy mal, muy mal... querido... huyen, vuelan,—fué diciendo con trémula voz y como sollozando, mientras miraba á Volodia con gran ternura y enjugándose con el

reverso de la mano las lágrimas que realmente brotaban de sus horribles ojos.

Su voz era honda, ronca; sus movimientos bruscos y precipitados; sus discursos siempre descosidos y sin sentido aparente, pues no usaba jamás pronombres; pero su acento era tiernísimo y cuando hablaba tomaba su rostro á veces una expresión de tan inmensa tristeza que, á pesar de todo, sentíase uno, al escucharle, lleno á un tiempo de infinita lástima y de horror no menos grande.

Era el peregrino Gricha, el «inocente», que así era llamado en la comarca.

De dónde vino? Cuáles sus padres fueron? Qué le llevó á adoptar la vida errante y de miseria que hacía? Nadie sabía nada. Sé únicamente que desde la edad de los quince años se le tuvo por inocente, por «simple», que lo mismo en invierno que en verano iba con los pies descalzos, que frecuentaba los conventos, que regalaba pequeñas estampas con la imagen de Dios á quienes distinguía con su aprecio, y que pronunciaba palabras enigmáticas en que muchas personas veían tremendas profecías... Nadie le conoció jamás de otro modo. Sé también que de vez en cuando iba á casa de mi abuela, y que mientras unos decían que Gricha era un desdichado, aunque hijo de una gran familia, y un alma purísima, los otros afirmaban que no era más que un pobre mujik sin ganas de trabajar.

Foka comparció finalmente, Foka el exacto, desde hacía tanto tiempo esperado con tanta impaciencia, y bajamos al comedor. Gricha nos siguió, siempre sollozando y diciendo extravagancias y golpeando con su gran bastón las gradas de la escalera. Papá y mamá se paseaban por el salón, cogidos del brazo y hablando de algo que al parecer les interesaba muchísimo. María Ivanovna,

